

José Aldazábal

GESTOS Y SÍMBOLOS



El porqué de los gestos y símbolos en la celebración

La liturgia es de por sí una celebración en que prevalece el lenguaje de los símbolos, un lenguaje más intuitivo y afectivo, más poético y gratuito. No es sólo concepto, ni tiene como objetivo sólo dar a conocer. La liturgia es una acción, un conjunto de signos “performativos” que nos introducen en comunión con el misterio, que nos hacen experimentarlo, más que entenderlo. Es una celebración y no una doctrina o una catequesis. El lenguaje simbólico es el que nos permite entrar en contacto con lo inaccesible: el misterio de la acción de Dios y de la presencia de Cristo y de su Espíritu.

El mundo de la liturgia pertenece, no a las realidades que terminan en “-logía” (teología, por ejemplo), sino en “-urgia” (dramaturgia, liturgia): es una acción, una comunicación total, hecha de palabras, pero también de gestos, movimientos, símbolos, acción.

a) Hay una razón *antropológica* en este aprecio del signo y del símbolo. La persona humana está hecha de tal manera que todo lo realiza desde su interioridad espiritual y desde su corporeidad: no sólo alimenta sentimientos e ideas en su interior, sino que los expresa exteriormente con palabras, gestos y actitudes. No es que el hombre tenga sentimientos y luego los exprese pedagógicamente, para que los demás se enteren. Se puede decir que esos sentimientos no son del todo humanos, ni completos, hasta que no se expresan. Hasta que la idea no se hace palabra, no es plenamente realidad humana. Y es que en el fondo el hombre no es una dualidad “cuerpo y espíritu”, sino una unidad: no “tiene” cuerpo y espíritu, sino que “es” cuerpo-espíritu y desde su totalidad se expresa y realiza, con palabras y gestos.

Además, es un ser social, que se comunica con los demás con esa capacidad comunicativa, que no sólo contiene ideas y sentimientos internos, sino manifestación externa, gestual.

Así, en la celebración litúrgica, la alabanza no es plenamente ni humana ni cristiana hasta que suena en la voz y el canto. El sentimiento de conversión y la respuesta del perdón no se realizan del todo si no se manifiestan en la esfera significativa. En este caso, es en la esfera de la Iglesia donde resuena el “yo me acuso” y el “yo te absuelvo”: una acción sacramental, simbólica, significativa, que da realidad a lo invisible e íntimo que sucede entre Dios y el cristiano.

b) Por eso el simbolismo es una *categoría religiosa* universal. El hombre, no sólo para su propia expresión, o para su actividad social, sino también y sobre todo para su relación con la divinidad, se sirve del lenguaje simbólico, expresando y realizando con signos y gestos corporales la comunión religiosa con el Invisible.

La dinámica de los signos religiosos funciona de muchas maneras: sacrificios, palabras, cantos, objetos sagrados, acciones, reverencias, comidas, fiestas, templos... El sábado, para los judíos, es un símbolo que no sólo manifiesta su recuerdo o su pertenencia al pueblo elegido, sino que lo alimenta y lo realiza efectivamente. El gesto del baño en el agua, tanto para los indios en el Ganges, para los egipcios en el Nilo, para los judíos en el Jordán o para los cristianos en el rito bautismal, es un conjunto de acciones y palabras que conforman una celebración simbólica: la inmersión en una nueva esfera. En nuestro caso, la incorporación a Cristo, en su nueva vida, a través de la muerte.

c) Para los cristianos el motivo fundamental de estos signos es el *teológico*. Dios, ya desde el Antiguo Testamento y luego, sobre todo, al enviarnos a su Hijo, ha actuado siempre por medio de signos y gestos simbólicos que nos ayudan a entender y acoger los dones de su salvación. Los signos tomados de la naturaleza y de la cultura humana se convierten en signos de la Alianza de Dios con su pueblo.

El mejor modelo de actuación simbólica lo tenemos en el mismo Cristo Jesús. En su misma persona él es el lenguaje más expresivo de Dios, que nos quiere mostrar su Alianza, su cercanía o su perdón. Y también es Cristo el lenguaje mejor de la humanidad en su respuesta a Dios: nuestra alabanza y nuestra fe han quedado plasmadas en Cristo, Cabeza de la nueva humanidad. Por eso se le llama a Cristo “sacramento del encuentro de la humanidad con Dios”, o como dijo Pablo en su segunda carta a los corintios, Cristo es el “sí” más claro de Dios a los hombres y el “sí” también más concreto de los hombres a Dios.

Además, Cristo utilizó continuamente el lenguaje de los gestos simbólicos en su actuación salvadora: palabras, acciones, contacto de sus manos, la incisividad de su mirada, los milagros. Perdonaba el pecado interior y hacía visible esta reconciliación curando la enfermedad exterior; participaba en

las comidas también con los pecadores, para anunciarles su reconciliación con Dios; devolvía la luz de los ojos, a la vez que revelaba que él era la Luz verdadera; multiplicaba panes para que entendieran que él era el Pan de vida eterna.

d) Y ahora sigue haciéndolo del mismo modo, en el ámbito de este sacramento global que se llama *Iglesia*. Para dar a los suyos alimento y fortaleza, ha pensado en la acción simbólica de la comida eucarística; para hacernos nacer a la nueva vida, quiere que recibamos el baño bautismal del agua; para reconciliarnos con Dios, nos invita a una celebración del perdón, con sus palabras y el gesto de la imposición de manos del ministro...

Por eso la liturgia, tanto por la carga humana como por la teología misma de la encarnación, tiene los signos y los símbolos como una realidad fundamental en su dinámica. Como dice el Misal en su introducción, “la celebración eucarística, como toda la liturgia, se realiza por signos sensibles, con los que la fe se alimenta, se robustece y se expresa” (IGMR 20).

Claro que la liturgia y su lenguaje no lo es todo: la comunidad mima también los signos de la evangelización (la palabra, la catequesis, la predicación) y el lenguaje, cada vez más convincente, de su compromiso cristiano (el amor, la servicialidad, la lucha por la nueva sociedad de libertad y justicia). Pero en medio, entre el anuncio de la Palabra y su vivencia práctica, está su celebración y la comunidad cristiana utiliza más que nunca en esta celebración el lenguaje de los signos y símbolos.

Signo y símbolo

Las celebraciones sacramentales no habría que verlas sólo desde la perspectiva de “signos”, por muy eficaces que se quiera, sino de la de “símbolos” o “acciones simbólicas”.

El *signo*, de por sí, apunta a una cosa exterior a sí mismo: el humo indica la existencia del fuego, y el semáforo verde nos hace saber que ya podemos pasar. El signo no “es” lo que significa, sino que nos orienta, de un modo más o menos informativo, hacia la cosa significada. Es una especie de “mensaje” que designa o representa otra realidad.

El *símbolo* es un lenguaje más cargado de connotaciones. No sólo nos informa, sino que nos hace entrar ya en una dinámica propia: él mismo “es” ya de alguna manera la realidad que representa, nos introduce en un orden de cosas al que él mismo pertenece. La acción simbólica produce a su modo una comunicación, un acercamiento. Tiene poder de mediación, no sólo práctica o racional, sino de toda la persona humana y la realidad con la que le relaciona.

Para felicitar a una persona en su cumpleaños o en un aniversario de bodas, podríamos emplear sólo palabras y felicitaciones poéticas. Pero normalmente recurrimos además a un lenguaje simbólico: regalos, una buena comida y un pastel con velas encendidas. El mismo hecho de hacer aparecer el pastel, apagar sus velas y repartir sus porciones es todo un rito. El gesto simbólico de dos novios que se entregan el anillo de bodas no sólo quiere “informar” del amor. Es un lenguaje que vale por muchos discursos, y que seguramente contiene más realidad que las palabras y que la vida misma: difícilmente, luego, se llegará a alcanzar el grado de amor y fidelidad que ese gesto sencillo y profundo expresa. Estos gestos no sólo informan, sino que crean comunión y hacen crecer aquellos mismos sentimientos que expresan.

“Símbolo”, por su misma etimología (sym-ballo, re-unir, poner juntas dos partes de una misma cosa, que se hallaban separadas, a modo de *puzzle*), indica una eficacia unitiva, re-cognoscitiva (no sólo cognoscitiva), de relación comunicativa. El símbolo establece una cierta identidad afectiva entre la persona y una realidad profunda que no se llega a alcanzar de otra manera. Esto es particularmente palpable en aquellos símbolos que son identificadores de una comunidad o grupo humano, tanto si es un partido político como una agrupación religiosa o cultural.

Todo esto tiene particular vigencia cuando los cristianos celebramos nuestra liturgia. Los gestos litúrgicos, sobre todo los centrales de cada sacramento, pertenecen a esta categoría de gestos simbólicos que crean sintonía con el misterio que celebramos.

El baño en agua, cuando se hace en el contexto bautismal, adquiere densidad significativa: las palabras, las lecturas, las oraciones, la fe de los presentes, dan al gesto ritual no sólo una expresividad intencional y

pedagógica, sino que en el hecho mismo del gesto sacramental convergen con eficacia la acción de Cristo y de su Espíritu, la fe de la Iglesia y la realidad de la incorporación de un nuevo cristiano a la vida nueva del Espíritu. No es un rito mágico, que actúa de por sí, independiente del contexto. Pero tampoco es sólo un gesto nominal o meramente ilustrativo: la acción simbólica es eficaz de un modo que no es ni físico ni tampoco sólo metafórico. Es, sencillamente, la eficacia que tiene el símbolo. El símbolo re-úne, concentra en sí mismo las realidades, conteniéndolas un poco a todas ellas.

Y así pasa con todos los sacramentos, y con las diversas celebraciones del año cristiano, cargadas de gestos simbólicos con los que Cristo, la Iglesia y cada cristiano expresan y realizan su mutua relación de comunión. Esos símbolos litúrgicos no sólo informan, catequéticamente, de lo que quieren representar. Sino que tienen un papel mediador, comunicante, unificador, transformador. Las palabras y el gesto de la absolución llevan a su realidad el encuentro reconciliador entre Dios y el pecador. El comer y beber de la Eucaristía es el lenguaje, simbólico y eficaz, de la comunicación que Cristo nos hace de su Cuerpo y su Sangre, y de la fe con que nosotros le acogemos.

La variedad de los gestos litúrgicos

La mayoría de las acciones simbólicas con que los cristianos expresamos nuestra relación con Dios y con la misma comunidad, son heredadas de la revelación o de la tradición más antigua de la Iglesia. Pero, a su vez, tanto Cristo como la Iglesia primitiva no es que inventaran estos signos, sino que los tomaron de la vida misma y del lenguaje más accesible y expresivo de la humanidad. Todos entienden lo que significa y realiza el baño en agua, o la comida o bebida en común, o los beneficios de la unción-masaje con aceite. No es nada difícil entender el magnífico abanico de sentidos que puede tener un gesto antiguo, universal y ahora recuperado en todos los sacramentos: la imposición de manos. Es un gesto que indica visualmente, sobre todo en el contexto de una acción sagrada, la transmisión de un poder, de una bendición, de una reconciliación.

Hay signos muy variados en nuestra celebración.

Algunos están vinculados al *cuerpo humano*, que también “habla” y

expresa las actitudes más íntimas; así, las posturas del cuerpo (de pie, de rodillas, postrados) pueden contribuir, no sólo a que se manifieste una actitud determinada (prontitud, reverencia, humildad), sino a sentirla más en profundidad; los gestos de las manos (elevadas al cielo, o golpeando el pecho, o manos que aplauden) llegan muchas veces a donde no llegan las palabras: una ovación puede suplir alguna vez a la mejor aclamación; el movimiento también tiene importancia: las procesiones (la de entrada, la del evangelio, la del ofertorio, la marcha comunitaria hacia la comunión) o los traslados (los previstos en un bautizo, desde la entrada de la iglesia al espacio donde se escuchan las lecturas, de ahí al baptisterio y, finalmente, al presbiterio para el padrenuestro y la bendición; o para las exequias: la procesión desde la casa del difunto a la iglesia, y de esta al cementerio) tienen un dinámico sentido en el conjunto de la celebración.

Hay otros gestos simbólicos relacionados con *cosas materiales*, tomadas de la naturaleza, de las que nos servimos para expresar lo que nuestros ojos, nuestras manos o nuestras palabras no pueden expresar del todo. El baño en agua, la unción con aceite, comer con otros pan y vino, son gestos que hablan por sí solos; así como otros muchos elementos utilizados en las celebraciones a lo largo del año cristiano: la luz, las velas, el fuego, la ceniza, el incienso, las imágenes, los vestidos y sus colores, las campanas... El lugar mismo de la celebración juega un papel importante: los edificios de la asamblea cristiana, el ámbón como lugar digno y respetado de la Palabra de Dios, el altar como símbolo de Cristo y de la comida eucarística, la sede del presidente, destacada por su condición de signo visible de Cristo Cabeza, el sagrario como lugar de oración personal y adoración...

Otras veces se trata de *acciones con sentido simbólico* que realizamos en nuestra celebración: el beso como saludo, respeto y acogida (basta recordar la expresividad del beso a la cruz el Viernes Santo), lavar los pies el Jueves Santo como signo de una autoridad entendida como servicio, el abrazo de paz antes de acudir juntos a la comunión, la fracción del pan, la incensación del altar, de las imágenes o de las personas, el encender los cirios personales desde el Cirio pascual símbolo de Cristo, imponer un vestido nuevo a los recién bautizados o a los religiosos en su profesión, el abrazo de paz que el Obispo da a los confirmados o a los ordenados...
